

por la mayor de todas, el abandono aparente de Dios, y se le oyó exclamar: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me habéis abandonado!»

Hacia la mitad del año 1605 fué cuando la señora de Chantal sintió por primera vez la punta dolorosa de esta espina; y por más que estuviese íntimamente unida con Dios, se la vió desfallecer con la idea de que Dios estaba separado de ella.

Pero aquí es donde San Francisco de Sales se mostró admirable. No se sabe qué admirar más, si la sensibilidad, que le hace sentir todos los dolores de la señora de Chantal, ó la ciencia profunda que posee del corazón humano y de los escritos de los maestros de la vida espiritual, ó, en fin, de la encantadora y santa imaginación, que todo lo pone por obra con una fecundidad inagotable. Multiplica las comparaciones para explicar á la señora de Chantal el estado de su alma, y para hacerla comprender cómo, á pesar de esta aparente ausencia de Dios, le está siempre íntimamente unida. Tan pronto la recuerda el ejemplo del Buen Ladrón, al cual había prometido que aquel mismo día estaría con él en el Paraíso, y apenas ha muerto cuando le lleva la misma tarde al infierno de los justos. «¡Gran Dios! —exclama San Francisco de Sales,—¿qué debería pensar al bajar así á los abismos? Yo creo que diría: no, no temo mal ninguno, porque tú, Señor, estás conmigo» (1). Otras veces propone el Santo Director, á su penitente desolada, el ejemplo de la Magdalena al pie de la cruz, en el momento en que las tinieblas cubrieron la tierra. «¡Oh! y qué mortificación sería la suya por no ver á su querido Señor. Esta amante afligida se ponía de pie, fijaba sus ojos sobre Jesús, pero no veía más que cierta blancura pálida y confusa. No obstante, estaba tan cerca del Señor como antes» (2).

(1) Carta del 3 de Octubre de 1605.

(2) Carta del 29 de Junio de 1606.

Otras comparaciones, no menos exactas, se agolpaban bajo la pluma de San Francisco de Sales (1), y siempre van á la misma conclusión. «Dejadle hacer, que todo va bien; vengan cuantas tinieblas queráis, que, no obstante, estamos cerca de la luz; cuantas impotencias gustéis, pues estamos á los pies del Omnipotente. ¡Viva Jesús! y que nunca nos separemos de Él, en tinieblas ó en claridad» (2).

Por lo demás, San Francisco de Sales, al consolar á la señora de Chantal, no olvida jamás el humillarla: su talento grande, y sobre todo fino y penetrante, comprendía que en el fondo de estas tentaciones hay siempre una raíz de amor propio, que no está nunca completamente seca, ni aun en las almas más santas. «No es maravilla—la escribe—que el espíritu de una pobre y pequeña viuda sea débil y miserable. ¿Qué queráis que fuese? ¿Penetrante, fuerte, constante y subsistente? Contentaos con que sea propio para vuestra condición, un espíritu de viuda, es decir, miserable y abyecto con todas las abyecciones, excepto la de la ofensa de Dios» (3). Y en otra parte: «Reconoced que sois una pobre, pequeña y miserable viuda; amad esta ruín condición, gloriaos de no ser nada, pues que vuestra miseria es objeto de la voluntad de Dios. Entre los mendigos, los que son más miserables y tienen mayores y más espantosas llagas, se tienen por mejores y más propios para conseguir limosna, pues nosotros somos mendigos, y ya sabemos que los más miserables son de mejor condición en su clase. La misericordia de Dios los mira con amor» (4).

«Vi últimamente—continúa con esa amable sencillez que sólo es peculiar de este Santo Obispo—á una viuda

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Carta del 29 de Junio de 1606.

(3) Carta del 29 de Junio de 1606.

(4) Carta del 1.º de Noviembre de 1606.

que iba en la procesión del Santísimo Sacramento, donde los demás llevaban grandes hachones de cera blanca, y la pobrecilla sólo llevaba una velita, que tal vez habría hecho ella misma, y aun el viento se la apagó; sin embargo, ni se adelantó, ni volvió atrás, ni dejó de entrar en la iglesia al mismo tiempo que los demás» (1).

¿Haré yo mal en detenerme tanto en estas citas, y en multiplicarlas así?

Pero hay en estas cartas tanta sabiduría, tanto corazón, algo tan delicado y tan profundo, tal raudal de imaginación, y un conocimiento tan alto de Dios y del hombre, que no puedo cansarme de leerlas, y cuando se hallan bajo mi pluma, no sé detenerme al copiarlas.

No obstante, por más auxilios y socorros que las cartas de San Francisco de Sales daban á la señora de Chantal, ésta creyó necesitaba volver á verle, á fin de hacerle de viva voz esas mil aclaraciones que difícilmente se pueden comunicar por cartas. San Francisco de Sales consintió en ello y la señaló para punto de reunión el castillo de Sales, á tres leguas de Annecy, donde vivía su madre la señora de Boisy, con una parte de su familia. La señora de Chantal llegó el 21 de Mayo de 1605 (2). Advertido San Francisco de Sales de su llegada, fué á recibirla al camino, y como el coche se había retrasado, pasó casi tres horas solo en una granja que estaba en el mismo camino. Allí tuvo una especie de éxtasis, á lo menos esto es lo que se trasluce en la modesta relación que hizo, y, enteramente abismado en Dios, presintió las grandes cosas que iban á suceder, y cuya hora iba á sonar muy pronto (3).

(1) Carta del 29 de Junio de 1606.

(2) «Llegó al castillo de Sales el 21 de Mayo—dice Carlos Augusto,—y es una equivocación de la Madre de Chaugy el decir que fué el 29, día, aquel año, de Pentecostés.»

(3) Para que se tenga una idea del respeto que los Santos tienen á la verdad, y la confianza que en consecuencia merece su historia, diremos que se habían recogido diferentes Memorias de todos los hechos

Santa Juana Francisca volvió por segunda vez á repasar su conciencia y hacer confesión general, desplegando toda su alma delante de su Santo director, con sentimientos tan extraordinarios de Dios, que San Francisco de Sales estaba transportado de alegría. De repente, un fervor divino se apoderó de los dos, y sus corazones se deshicieron hablando como moradores del cielo más que de la tierra.

—¿Con que de todo corazón—decía San Francisco de Sales—queréis servir á Jesucristo?

—De todo corazón—respondió.

—¿Y os dedicáis toda al puro amor?

—Toda, á fin de que me consuma y me transforme en sí.

—¿Sin reserva y absolutamente os consagráis á Él?

—Sí, sin reserva me consagro.

—¿Despreciáis al mundo como estiércol y basura, para ser de Jesucristo y alcanzar su gracia?

—Le desprecio con toda mi alma, y le aborrezco.

—Por conclusión, hija mía, ¿no queréis más que á Dios?

de la Vida de San Francisco de Sales, las cuales se enviaban á la señora de Chantal, y ésta las revisaba y corregía. En una de estas Memorias se afirmaba que San Francisco de Sales había tenido un verdadero éxtasis, cuando esperaba en el camino á su santa penitente. La señora de Chantal, al ver cómo se pinta y afirma este suceso, se alarma. «He visto—dice escribiendo al instante—que en esta Memoria se hace mención de un raptó, y pienso que yo misma habré dado lugar á ello por no haberme explicado bien, ó que no han copiado exactamente mis palabras. Escribo al autor de esta Memoria para que me diga de dónde sabe este hecho; si lo ha sabido de un modo que no tenga duda, advertiré de ello á V. R., si no, mirad lo que sucedió.» Y la Santa explica que San Francisco de Sales estuvo solo tres horas en el camino, «con pensamientos admirables y vistas de no sé qué grande y extraordinario» sobre su venida; que no le había preguntado nada, pero que se sabe que en estos momentos dió Dios al Santo Obispo grandes luces y certeza de sus designios, etc., con muchas suavidades interiores. (*Cartas inéditas de Santa Juana Francisca*, pág. 54.) Aquí se manifiesta su delicadeza y respeto á la verdad.

—No, nada absolutamente más que á Él por el tiempo y la eternidad.

En una de estas conversaciones celestiales, arrebatado San Francisco de Sales de alegría al ver los torrentes de gracias que inundaban esta santa alma, le dijo con su estilo figurado: «¡Oh, hija mía, querida hija mía, mucha agua cae del cielo!» La Santa, arrobada en Dios, no comprendiendo que hablaba de los torrentes de gracias, y no pensando en que el tiempo estaba sereno, respondió con viveza: «Dejemos llover, padre mío, dejemos llover.» San Francisco de Sales se sonrió, y la dijo continuase.

Por lo demás, en todas estas conversaciones no se hablaba más que de lo presente, y nunca de lo porvenir; de la necesidad de amar á Dios en el mundo, pero jamás de dejar éste. Un día, no obstante, el pensamiento de dejarlo todo y despojarse de todo por Dios, se presentó al espíritu de la señora de Chantal, cuyo corazón dejó escapar este grito: «¡Oh, Dios mío, Padre mío! ¿No me arrancaréis un día del mundo y de mí misma?» Y le respondió pausada, grave y seriamente: «Sí, un día vendréis á buscarme, y yo os pondré en una situación en que estéis totalmente desnuda y despojada de todo por Dios.» Sin embargo, le prohibió pensar nunca en esto, mandándola no se ocupase sino en santificar al presente, abandonándose á Dios respecto á lo porvenir.

Además de la dulce alegría de poder hablar tan santa y útilmente con su Santo director, la señora de Chantal tuvo además otra felicidad muy dulce, y fué la de renovar y hacer muy íntima la amistad que había empezado á contraer en San Claudio con la señora de Boisy, madre de San Francisco de Sales. Esta admirable mujer, que había sido madre de trece hijos, y que vivía en el castillo de Sales, rodeada de todos los que el Señor la había dejado, de sus yernos y nueras, en medio de una paz y unión que llenaba de admiración

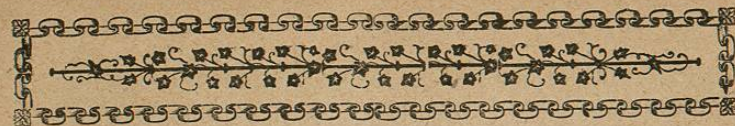
al mismo Santo Obispo, concibió hacia la señora de Chantal una especialísima amistad.

El castillo de Sales estaba entonces alegre y edificado, viendo empezaba á balbucir un niño que fué después el célebre Carlos Augusto de Sales, hijo de Luis de Sales y de la señora de Cussy, el cual, andando el tiempo, fué Obispo de Ginebra, y sucesor de su tío San Francisco de Sales, cuya vida escribió con tanta piedad como encanto. Tenía entonces diecisiete meses, y se notaban con ternura mil relaciones entre sus primeras palabras y las que había pronunciado San Francisco de Sales, dando desde entonces vehementes indicios de su futura santidad. «La señora de Chantal—dice un antiguo historiador—tuvo grande empeño en ver y observar á este tierno niño, y habiéndole tomado en sus brazos, le bendijo afectuosamente, amándole siempre después con santo y tierno cariño. Le puso al cuello un rico relicario de oro; y el pequeño Carlos Augusto, que ya empezaba á dar algunos pasos y á decir algunas palabras, se echaba á menudo en los brazos de esta señora, quien teniéndole sobre sus rodillas, aconsejó á sus padres le destetasen, no sólo porque era ya muy crecido y le convenía alimento más sólido, sino porque había observado que el ama era de un carácter demasiado vivo y precipitado. Su consejo se siguió exactamente. El día que le destetaron se dió limosna general en la puerta del castillo, y las tres virtuosas señoras le hicieron llevar á la iglesia, donde la señora de Chantal le presentó al sacerdote para que le bendijese, y todas tres comulgaron por aquel niño. Cuando llegó á edad perfecta, la señora de Chantal le decía con gracia que era algo hijo suyo, pues le había ofrecido á Dios y le había destetado.

»También, por consejo de Santa Juana Francisca, se envió á estudiar á Carlos Augusto, y antes de partir, fué á pedirle su bendición y recibir sus consejos.

Más tarde, estando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, en días de dar á su sobrino la primera tonsura, la madre Chantal quiso regalarle la primera sotana, y con sus propias manos le hizo el primer cinturón, á causa del singular amor que le tenía. Carlos Augusto lo estimó tanto, que guardó siempre este cinturón como preciosa reliquia, y nunca le llevaba sino en las fiestas grandes» (1). Pero no adelantemos los sucesos. Luego encontraremos á Carlos Augusto en los locutorios de la Visitación; le veremos, Doctor y Obispo, venir á pedir á la madre de Chantal consejos, oraciones y ejemplos, y veremos también á nuestra Santa ponerle la pluma en la mano para que escriba, como lo hizo, la vida más exacta — según dice la misma—y la más encantadora, según los hombres entendidos, de todas las historias de San Francisco de Sales.

(1) *La casa natural, histórica y cronológica de San Francisco de Sales*, por Nicolás de Hauteville, Presbítero, Doctor en Teología y Canónigo de la Catedral de San Pedro de Ginebra, París, 1669, en 4.º, pág. 380.



CAPÍTULO VIII

Progresos visibles en la santidad.—La señora de Chantal se consagra más y más al servicio de los pobres.

— 1606 —

No tardaron en conocerse los progresos de la señora de Chantal bajo la sabia dirección del Santo Obispo de Ginebra. Su altivo é impetuoso carácter se transformaba. Adelantaba á grandes pasos en la práctica de la humildad, de la dulzura, de la mortificación, de la paciencia, de estas virtudes, en fin, tan difíciles en sí mismas, y tan opuestas á todas sus inclinaciones. No es esto decir que hasta entonces no se hubiese aplicado á ello, y aun con éxito, sino que las entendía y practicaba de una manera nueva que no se la había visto antes, y que encantaba á todo el mundo.

Estos progresos, que los historiadores han notado, vinieron á ser más sensibles á la vuelta del viaje de que hablamos. Hasta entonces la señora de Chantal no había hecho más que entrever, digámoslo así, á San Francisco de Sales; y si se exceptúan las cartas, que habían sido frecuentes, no le había hablado sino de prisa; pero habiendo tenido esta vez la dicha de pasar diez días enteros en el castillo de Sales, siendo testigo todo este tiempo de las maravillas que la gracia obraba visiblemente en su Santo director, sintió aumentarse la veneración que hacia él había concebido desde el pri-